

Muhlmann, Géraldine (2022). *L'imposture du théologico-politique*. Les Belles Lettres, 447 páginas.

Mario Donoso Gómez
Universidad Paris VIII Vincennes-Saint Denis  

<https://dx.doi.org/10.5209/aris.92027>

Desde su primera línea, el tono del ensayo es duro: “Lo ‘teológico-político’ es una impostura” (p. 9). Para Muhlmann, este “teológico-político” es una regresión, desde el final de los años ochenta a la actualidad, a una substancialización de la historia y de lo político. La famosa tesis de la secularización, defendida por Schmitt y analizada por Blumenberg —a quien se le consagra un capítulo— introduce una sustancia religiosa dentro de la historia, como una especie de trampa: aquello que parecía que la modernidad le había arrancado a la religión no es, en realidad, sino una transformación más de una religión. En el fondo, lo teológico-político no es sino lo que, desde Leo Strauss, Muhlmann llama el deseo de la “historia solución” (p. 44).

El interés de Muhlmann no es el de reconstruir la genealogía de una teología política a la manera de Schmitt; de hecho, en el capítulo dedicado a Schmitt y a Blumenberg, más que una crítica —que también la hay, sobre todo en la intención de desenmascarar a Schmitt, especialmente en el análisis de la “autovictimización grandilocuente” de *Ex Captivitate Salus* (p. 134)—, lo que se busca es entender las primeras formulaciones de la famosa teoría de la secularización para dar cuenta de la nueva formulación teológico-política que interesa a la autora, que es la que se produce al final de los 80 y en los años 90. La “seducción Carl Schmitt” (p. 124), esto es, la nueva reformulación de una sustancia religiosa dentro del campo de la historia en los años 90, tiene grandes diferencias con la teología política de raíz schmittiana: la primera es que desarticula un antagonismo estructural a la soberanía; la matriz teológico política se despega de una teoría del enemigo; la segunda, es que se convierte en una revalorización o reactivación que ataca, ante todo, una cierta desesperación moderna, o un inmovilismo práctico, como se ve en Rorty (p. 145) o en Habermas (p. 146); en Rorty, por ejemplo, esta matriz religiosa sirve para combatir el inmovilismo. La tercera característica es que esta matriz no se reduce “a los marcos o a las lógicas teológicas” (p. 147) sino que apunta a otros horizontes, como a una religión convertida en poesía en Rorty.

Uno de los puntos más importantes del ensayo es su amplitud de horizontes: lo teológico-político no se comprende únicamente como la herencia schmittiana en la filosofía, sino que engloba otros ámbitos y terrenos menos explorados. Así pues, desde la misma matriz, se exploran tres vías diferentes de la de Schmitt: la primera, el llamado hiper-romantismo de Rorty influenciado por Bergson y por el pragmatismo para asentar lo que Rorty llama el “romance religioso” (p. 156); la segunda, apocalíptico-mesiánica, aparece en el último Heidegger y será heredada por Agamben; la tercera es de corte hegeliana, —aunque no tanto del Hegel de la *Fenomenología* sino del último Hegel, donde prima un retorno a lo religioso— aparece en Taylor y en Habermas. En los tres casos, lo que se postula es lo mismo, a saber que “la historia humana obedecía a una lógica profunda e indudable a la cual el ‘pensamiento religioso’ era verdaderamente capaz de conectarse” (p. 402). En el caso del bergsonismo se trata de un dinamismo vital que expresa las verdaderas intenciones de la naturaleza; en el de Heidegger, una tensión apocalíptica entre el peligro y la salvación; en lo que concierne al hegelianismo, la realización racional en la historia de una base cristiana.

Para Muhlmann, la matriz de estas diversas lecturas del retorno de lo religioso se encuentra en una substancialización religiosa que subyace, como estrato último, a la historia. De este modo, lo que se busca es reactivar una sustancia última en la historia que permita corregir un apagamiento, una decadencia reformulada de manera diferente por los autores abordados. En el caso de Taylor es para luchar contra el alejamiento de una cierta forma de plenitud; en el de Habermas, para reactivar la teoría comunicacional contra intercambios afectivos cada vez más secos y escasos; en el de Rorty como el empuje poético para avivar la solidaridad; en el de Agamben como la producción de un por venir. En todos los casos, “el ‘sustancialismo histórico’ formulado, sea cual sea la acepción de la sustancia religiosa que hacen valer estos diversos pensadores, se ha constituido precisamente para pensar eso y para vencer eso” (p. 141). El caso de Agamben es particularmente interesante, pues encarna la tesis más radical que Muhlmann se propone criticar. La fuerza del ataque, visceral en muchas ocasiones, busca a veces desenmascarar al autor con demasiada virulencia, haciendo uso de todo tipo de argumentos, como el eje Schmitt-Benjamin unidos por un cierto paulinismo

que Agamben hereda de Taubes (p. 230); también la sombra de Heidegger, y con ella de un cierto antisemitismo, detrás de Agamben (p. 190).

La tesis de Muhlmann puede resumirse así:

“La impostura de lo teológico-político exige una denuncia sin piedad, a la medida de la violencia teórica que representa. A través de este estudio he adquirido la convicción de que no hay nada que salvar en ella. La crítica puede y debe por ello ser muy radical. Espero haber contribuido” (p. 405).

¿Por qué esta virulencia? La autora considera que lo teológico-político cierra una concepción abierta de lo político, pero también de la historia; una concepción dinámica y creativa que Muhlmann recupera de Castoriadis. Lo teológico-político, al introducir de nuevo una especie de substrato, de sustancia en la historia, no solo modifica la manera de concebir la historia, sino la de estar en ella, la de hacerla (p. 404); con ello cierra la puerta a un dinamismo y una creatividad filosófico-políticas propiamente modernas que piensan la democracia como un espacio abierto que, careciendo de fundamento, no puede cerrarse ni agotarse.

El ensayo no carece de interés, pues apuntala las bases críticas de una nueva filosofía de la historia de nuestro tiempo; además tiene una metodología sólida y una bibliografía extensa, donde un gran número de autores son abordados y estudiados.